

1 000. HARCHASSA

Asaffa tenía once años cuando vio correr a Haile la final de 10 000 metros en los Juegos Olímpicos de Sidney. Era la mañana del 25 de septiembre de 2000 y Asaffa, su hermana mayor Hywott y su abuelo Eyob se habían levantado temprano y caminado los cinco kilómetros que separaban su plantación de café del centro de la ciudad de Awassa para estar de los primeros ante la verja del hotel Ras. Allí, un portero uniformado con un taco de entradas en la mano les recibió sonriente:

—Un *birr** por cabeza. Son tres *birr*.

El abuelo abrió su *gaabi**, rebuscó en un bolsillo de sus viejos pantalones, extrajo un pañuelo mugriento, lo desa-

* Las palabras con asterístico figuran en un glosario al final del libro.

tó despacio y sacó dos billetes muy gastados y arrugados. Eran todos sus ahorros.

—Lo siento, no me llega. Pero joven, mírelos, si sólo son unos críos. Y vea lo delgados que están, si no ocupan ni una silla entre los dos. Se lo pido por favor. No permita que se pierdan un día tan memorable.

El portero miró a los dos hermanos y vio tanta ilusión en sus ojos que se apiadó de la familia. Cogió los dos billetes de un *birr*, los estiró con los dedos y cortó dos entradas.

—Por allí. Y que lo disfrutéis —dijo señalando hacia un edificio cuadrado, al otro lado de un patio rebosante de macizos de flores de variedades distintas y colores muy brillantes.

El amplio restaurante, ahora convertido en sala de televisión con veinte filas de sillas y bancos delante de una gran pantalla, estaba aún casi vacío. La familia ocupó dos sillas en la cuarta fila. Eyob apoyó su largo cayado en el pecho y, de un pequeño hatillo que llevaba enganchado en la punta, sacó unos rollos de *injera** y unos pedazos de *tibs** cortados en pequeños tacos. Mientras desayunaban, la sala se fue llenando de gente de toda edad y condición, unos portando banderas y otros gorros o muñequeras tricolor.

El sol empezaba a desatar su furia aquella mañana africana, ya noche cerrada en Australia, cuando los atletas de 10 000 metros salieron al anillo olímpico. Se dirigieron hacia la línea de salida. Eran una veintena. Cuando el comentarista comenzó a presentarlos uno a uno, según les iban enfocando las cámaras, en aquel lejano comedor se hizo un largo silencio.

—Con el dorsal 1234, el veterano y siempre peligroso Nizigama de Burundi... Y éste es Berioui, de Marruecos, un especialista en finales espectaculares; ahora vemos al

mexicano Galván... Y éstos son los tres kenianos, la armada del sur que llega dispuesta a robarnos la corona. Son John Korir, Patrick Ivuti y, al frente, este viejo conocido nuestro, Paul Tergat, que quizá esté pensando: «Haile tiene 28 años, ya no es un niño. Sus talones estarán fatal tras siete años machacándolos. A lo mejor tiene algún fallo y puedo ganarle».

Y así van pasando corredores: europeos, asiáticos y americanos. Pero todo el mundo sabe que allí no pintan nada, ya que hace años que en las carreras de fondo sólo vencen africanos. Tras ocho corredores de piel clara y nombres poco conocidos, las cámaras se detienen frente al dorsal 1658, un sonriente Haile Gebreselassie. En ese momento el público del hotel Ras rompe a aplaudir y silbar.

A Haile el comentarista le presenta como una leyenda viviente:

—Cuádruple campeón mundial, vigente campeón olímpico, con 15 récords mundiales en su haber y 40 nacionales; en dos ocasiones ha sido nombrado mejor atleta del año. Además, desde el año 1993 no ha perdido una sola final; es decir, que ya va para ocho años que todos sus rivales se inclinan ante la dictadura de su zancada. —La cámara continúa su paseo por la línea de salida y el comentarista tiene que cortar la arenga y presentar a los siguientes—: A su lado, con los dorsales 1645 y 1646 vemos a Tola y Mesgabu, los escuderos de Haile... Y a su derecha...

Mientras tanto, al otro lado del mundo, Asaffa busca la pantalla entre un mar de cabezas. Al ver un estadio a rebosar de gente y todos los ojos puestos en su compatriota, siente un cosquilleo en la tripa, como si un colibrí jugueterón volase por sus entrañas. Haile, por cierto, no para de reír y saludar. Asaffa agarra la mano a su abuelo presintiendo que va a ver algo grande.

¿Grande? Único. Quizá porque aquella carrera fue calificada por algunos entendidos en atletismo como la mejor carrera de 10 000 de toda la historia olímpica moderna. «La Inmortal», la llaman otros.

Los atletas, en sus puestos; y un disparo de fogueo señala el comienzo de la batalla. Una batalla africana, dado que, como estaba previsto, al paso por los 3 000 ya se ha roto el pelotón. Delante sólo quedan trece hombres: once africanos, un japonés y el mexicano Galván, estos dos últimos esperando a ver si hay suerte y tropiezan o se caen o les da un cólico a todos los africanos, pues de lo contrario saben que ahí no hay nada que hacer. Pero sus sueños no se cumplen y la carrera continúa según el guión escrito. Los dos convidados de piedra pronto quedan descolgados. Y así, al paso por los 8000, tras imponer los etíopes y kenianos un ritmo infernal que deja al resto del mundo exhausto, ya sólo quedan seis atletas y, por supuesto, todos han nacido en África: los tres de Kenia, Mesgabu, Haile, de Etiopía, y el marroquí Berioui. Así marchan durante otras cinco vueltas alternándose en cabeza hasta que, a seis del final, Haile se pone delante con ese estilo peculiar de mover los brazos: el izquierdo encogido, como si llevase aún el viejo cuaderno escolar, y el derecho suelto y haciendo el molinillo, como si espantase moscas. En ese momento, en el hotel Ras se desata la locura y Asaffa, por lo bajo, estruja fuerte la mano de su abuelo, quien intuye, ya que sus cansados ojos no perciben más que formas de colores que salen de un caja grande y negra, que Haile va bien.

Y así corren, en grupo, hasta el último kilómetro, cuando ya sólo quedan dos vueltas y media. Todo transcurre según la estrategia planeada de antemano por el equipo etíope. Y entonces Haile, que continúa en cabeza por la cuerda del anillo, seguido de Paul Tergat, hace una seña a Mesga-

bu y éste salta a la calle dos y se pone a la par del keniano, encerrándolo.

—¡Todo vale! ¡A ver cómo te las apañas ahora! —dice alguien en el hotel y mucha gente ríe con la gracia.

Durante medio kilómetro, Tergat se siente incómodo envuelto por los etíopes y comienza a desesperarse, pero cuando suena la campana que anuncia la última vuelta, el keniano salta como una liebre, se abre hasta la calle tres, acelera la zancada y se pone en cabeza.

Y tira, tira, tira y tira.

Y tanto tira que a la entrada de la recta de tribunas ya le saca cinco metros a Haile, que ha cambiado el ritmo y ahora corre apoyando las punteras como un puro velocista.

En el comedor del Ras, 200 personas le animan y gritan: «¡Vamos, vamos!». Pero a algunos les entra el miedo porque Tergat está lejos y corre como un antílope que ve acercarse al león.

A cuarenta metros de la meta, Tergat sigue delante, pero Haile ya se acerca. El Ras comienza a venirse abajo, con la gente encima de los bancos y sin parar de jalear. Y Asaffa y Hywott, que ven sólo parte de la pantalla entre tanta gente, también saltan con toda su fuerza apoyándose en el primer hombro que encuentran.

A veinte metros de la meta, Tergat va ganando y el estadio es un clamor: unos animando al de Kenia y otros al de Etiopía. Pero a diez metros de la línea de llegada, el huesudo keniano ve emerger a la altura de su hombro derecho la pesadilla de siempre: aquel hombrecito de ancha camiseta verde que se le aparece en sueños y que desde hace varios años siempre le birla los oros. Y por mucho que quiere, no puede, no le queda gasolina. Impotente, ve por el rabillo del ojo cómo Haile, a cinco metros de la meta, da

tres brincos de gacela y cruza la línea primero con ¡una décima de segundo de ventaja! sobre su enemigo íntimo.

Asaffa salta con Hywott y zarandean a su abuelo mientras a su alrededor hay brindis, cánticos y corros, y se cae algún banco que otro. Ya es una realidad: Haile es doble campeón olímpico. Junto a Mesgabu y Tola, risueños, dan la vuelta de honor envueltos en la bandera verde, amarilla y roja. Etiopía, campeona.

Una media hora después los ánimos se han calmado en el comedor del Ras y, aunque muchos han salido al patio para desahogarse y lanzar algún petardo, nadie se va del hotel porque todos quieren ver al astro en lo más alto del podio recogiendo su segundo oro.

Hywott ha encontrado a unas compañeras de clase y se ha ido al otro lado del patio. Y así, mientras espera viendo otras pruebas de jabalina y triple salto, Asaffa, que se ha quedado con Eyob, que está un poco cansado, le pregunta:

—Abuelo, ¿tú fuiste a alguna olimpiada?

—Nooooo —responde el anciano sonriendo, lo que marca sus arrugas un poco más de lo normal—. Yo fui sólo uno más del montón. Pero conocí a todos los grandes.

—¿Eso era cuando estabas en el Ejército?

—No era el Ejército, Asaffa, era la Guardia Imperial de su Majestad el Emperador, a quien Dios tenga en su gloria. —Y se santiguó tres veces mientras un asomo de nostalgia recorría su mirada acristalada—. El deseo de su majestad era que su guardia privada estuviese compuesta por los hombres más fuertes y más rápidos del país. Las pruebas para entrar en el cuerpo eran durísimas. Por eso aquello era, hijo mío, un nido de atletas extraordinarios.

—Pero tú pasaste aquellas pruebas. ¿Por qué entonces no te hiciste atleta?

—Sí. Yo también era rápido, pero nunca como ellos. En cambio, yo era más hábil con el sable. Aún así, entrenamos durante muchos años juntos. Cuando se acercaban los Juegos Olímpicos o Africanos, el Emperador nos destinaba a la base de Debre Zait con el único fin de correr. Allí conocí a Wami Biratu, el mayor portento físico que ha tenido África. Y también a Abebe Bikila, Mamo Wolde y Miruts Yifter. Entre todos ganaron cientos de medallas y en los países más lejanos. Eran veloces como las flechas y resistentes como las hienas. La vida era buena entonces, Asaffa. Y barata. El Emperador cuidaba de todo su pueblo y nunca nos faltó comida. Pero luego llegó aquel maldito comunista, Megistu, y se acabó aquella vida...

—Abuelo, no empieces otra vez con tus cuentos de otros tiempos. Ya sabemos todos cómo echas de menos al Emperador y su época, pero eso fue hace mucho. Vamos, cuéntame más historias de la base de Debre Zait.

Pero Eyob estaba distraído, en su nube, y el público empezó a ocupar las sillas para ver la ceremonia de entrega de medallas.

Ya era casi mediodía en Awassa cuando Haile salió vestido con un chándal amarillo, rojo y verde. Iba en el centro de una comitiva compuesta por tres atletas, varios ejecutivos y algunas mises. Haile saludó y sonrió, y cuando anunciaron su nombre subió al cajón más alto. Un señor enchaquetado le colgó el preciado metal mientras a su espalda ascendía la bandera y sonaban las dulces notas del himno nacional etíope.

Y no solamente en Awassa, sino en gran parte de Etiopía, la gente estaba viendo la escena conmovida y orgullosa. El silencio era total en casi cualquier lugar y la emoción del instante se palpaba en el ambiente.

Y, entonces, Asaffa pensó que no debía de haber honor más grande que ser campeón olímpico.

La ceremonia terminó, un camarero vestido con chaqueta azul apagó la tele y el público se dispersó con la alegría en el cuerpo. Fuera, el sol estaba en el cenit, el cielo era de un añil lacado y hacía un calor asfixiante, aunque los primeros hilachos de nubes grises ya se avistaban al fondo.

—Vamos, niños, tenemos que regresar antes de que empiece la tormenta.

Era final de septiembre y, aunque la época de lluvias casi había terminado, todavía caían en las tardes calurosas algunas furiosas tormentas. Asaffa fue a buscar a su hermana y los tres emprendieron el camino de regreso a casa. Eyob avanzaba despacio apoyado en su cayado, pero con paso constante.

Con 82 años, era un anciano afable, menudo y tan delgado que en su cuerpo y cabeza se hubieran podido estudiar sin problemas los huesos del esqueleto. Aún así, su resistencia era enorme y todavía era capaz de caminar diez kilómetros en un día. No en vano había nacido en Oromia*, esa vasta región de Etiopía que viene dando campeones desde los años 50 por circunstancias genéticas, fisiológicas, geográficas o alimenticias, o por un compendio de las cuatro. El caso es que nadie sabe a ciencia cierta por qué nacen en aquella esquina de África los mejores corredores de fondo que ha habido en toda la historia. Y la familia de Asaffa era toda de ascendencia oromo, algo que él comenzó a sentir en sus venas ese día.

Apenas salieron de la ciudad, se pararon bajo la sombra de un hermoso tamarindo situado a orillas del lago Awassa, cuyas aguas eran oscuras y frescas. Allí Eyob volvió a abrir el hatillo y comieron los restos de *tibs* e *injerá* so-

brantes del desayuno, no sin antes tener que espantar a palazos a una banda de macacos grises que bajó del árbol y comenzó a merodear. Tenían la vista fija en la comida y buscaban la manera de robarla. Enfrente, sobre las aguas del lago, las águilas pescadoras, con sus collares de plumas blancas, volaban a ras del agua y metían de pronto las garras para sacar algún pez. Los martines pescadores de pechera azul cobalto pescaban con el pico. Y las grandes garzas blancas y otra decena de especies de aves de colores vivos poblaban aquel entorno llenándolo de agradables melodías que componen con sus trinos.

Cuando la familia terminó de comer, dejaron el lago atrás y el camino se internó entre campos de cereales, ananás y extensas plataneras. Allí Asaffa comenzó a correr haciéndose pasar por Haile.

—Abuelo, cuenta lo que tardo en llegar a aquel *shola**.

Y Asaffa salió corriendo como un *nyala** en estampida y no dejó de hacerlo hasta tocar el tronco de la higuera centenaria de treinta metros de altura que flanqueaba el camino. Allí esperó a Eyob y Hywott, que llegó mosqueada.

—Te toca ir con el abuelo —dijo cogiendo del brazo a Asaffa para que no se escapase—. Es que va muy despacio.

Ahora ella era la que quería correr por la pista despejada, a cuyos lados crecían extensos campos de *teff** con las espigas maduras de color verde esmeralda. Una ráfaga de viento, cargada de olor a ozono, hacía ondular los campos como si fuese un bello mar de olas verdes. Asaffa cedió a la bronca de su hermana y caminó con Eyob.

—Y ¿qué hay que hacer para resistir corriendo, abuelo?

—Entrenar. Entrenar mucho. Y comer sano. Y acostarse temprano. Y seguir los consejos de tu entrenador. Y...
—Entonces, de nuevo, los recuerdos del pasado afloraron

en su mente—. Recuerdo que mi amigo Wami se escapaba por las noches del cuartel y se iba a ver a su mujer a Sultá, que está a 50 kilómetros. Pues bien, Wami siempre estaba de regreso antes de que amaneciera, lo que quiere decir que era capaz de correr casi 100 kilómetros en una noche. Hoy no hay nadie como él. Nadie le puede imitar. Así fue como se labró esas piernas de diamante negro.

—¿Le has vuelto a ver?

—¿A quién?

—A ese amigo tuyo, Wami.

—Nunca. Pero alguien me dijo que vive en Addis y que todavía corre a diario.

—Me gustaría conocerlo.

—Quizá algún día vayas. O vayamos. Dios dirá. Recuerdo que otra vez Wami y Abebe Bikila estaban entrenando para la maratón. Tenían que recorrer los 40 kilómetros que separan Debre Zait de Addis, pero Abebe se perdió. Pues Wami dio la vuelta, hizo otros cuantos kilómetros, lo encontró bañándose en un río, le mostró el camino correcto y luego acabó ganándole. Siempre ganaba Wami, aunque Abebe fuera luego nuestro primer campeón olímpico.

Un rato después quedaron atrás los campos de cereales. El camino se empinó y se hizo sinuoso hasta llegar a la zona de los cafetales. A ambos lados, los árboles del café se erguían esbeltos con sus hojas de un verde oscuro brillante, llenos de frutos de tonos entre rojizo y tostado. El olor alimentaba. Eyob miraba el cafetal. Si el tiempo no se torcía ese año, los árboles vendrían cargados. Y respiró aliviado, pues todavía recordaba los desastrosos años en que no llegó la lluvia y el hambre se extendió matando a miles de personas.